

De las Montañas Rocosas a los Alpes Australianos, pasando por el Oiz

POR AGUSTIN EGURROLA

Traemos hoy a nuestras páginas la figura de un montañero —el clásico montañero desconocido— que a lo largo de sus sesenta y nueve años ha hollado tantas cumbres y veredas.

Claudio Anchia Basterrechea (más conocido en la región por «Australia»), nació en el caserío «Longa» de Mallavia, barrio de Guereña, el año 1891. Es descendiente directo del general «Longa», famoso guerrillero de la Guerra de la Independencia.

A pesar de pertenecer al pueblo anteriormente citado, es en Bolívar donde levantaron un busto en su memoria. Seguramente por razón de proximidad y relaciones, ya que es éste el pueblo más «cercaño» al mentado caserío.

Chaparro, enjuto y curtido por los aires de tres continentes, su figura recuerda algo al duro y menudo espino de las alturas, que azotado por todos los vientos muestra su recia contextura.

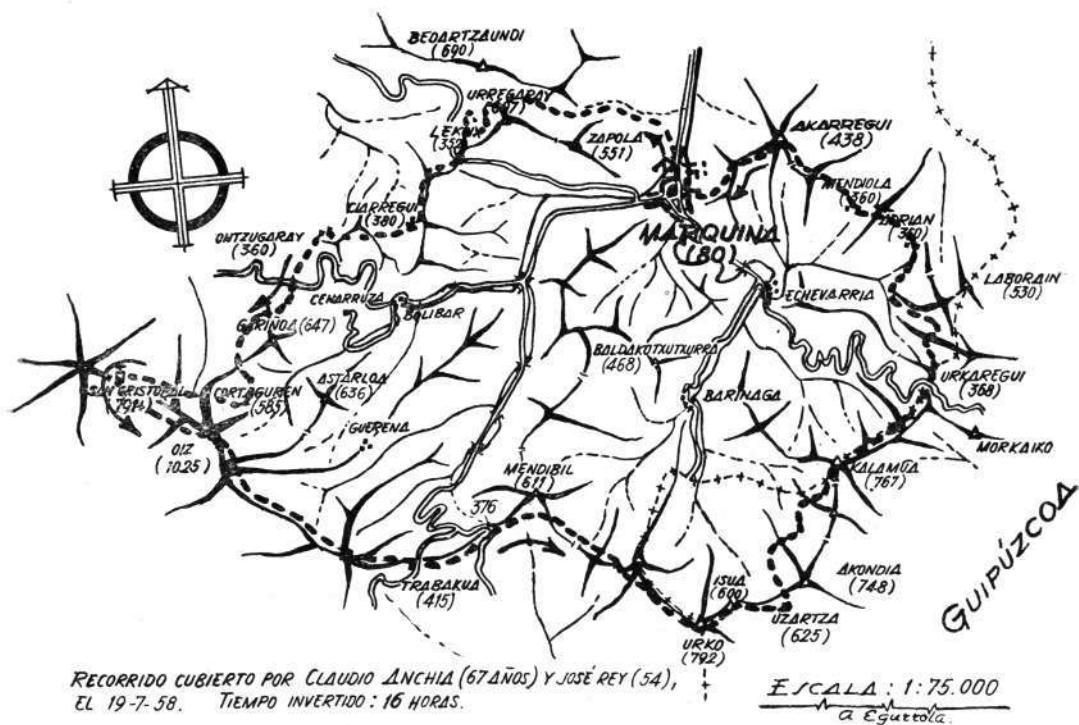
Parco en el comer y también de palabras. Esto no quita para que improvise sin remilgos un discurso cuando se presenta la ocasión. Una de sus satisfacciones consiste precisamente en dirigir la palabra (no brillante, pero muy sentida) a los montañeros jóvenes, con motivo de inaugurarse un buzón, en fiestas de Finalistas, excursiones colectivas y casos similares.

A los siete años empezó a practicar este deporte, en el sufrido oficio de pastor, siendo la mole de Oiz su primer campo de acción.

En 1911, con veinte curtidos abriles, se marchó a Idaho. Allí, en las estribaciones de las Montañas Rocosas, pasó siete años guardando su rebaño de 2.000 a 3.000 ovejas.

¡Cuántas millas!... ¡Cuántas laderas y montes recorrió en ese período!... Bajo el sol abrasador de las estepas, en verano, y con las crudísimas temperaturas del gélido invierno continental, en que la arenosa tierra se helaba hasta una profundidad de dos pies...

Al regresar a España hubo de cumplir el servicio militar. Luego trabajó en la Factoría Euzkalduna, contrajo matrimonio, y tuvo un Bar-café en Baracaldo.



Picado de nuevo por su espíritu inquieto, en 1924 embarca en Marsella a bordo del buque alemán «Spe», que al cabo de cincuenta días de navegación arribó a Sidney.

En Australia trabajó durante doce años en la corta y transporte de caña azucarera, en el estado de Queen's land, entre los Alpes Australianos y el Océano Pacífico.

Vuelto a sus lares, en 1936 todavía hubo de participar en la Guerra Civil.

Desde el final del trágico episodio «clavó el piolet» en Marquina, donde trabaja en una factoría. Y se acabaron los viajes a ultramar.

Normalmente, quienes han andado mucho prefieren retirarse «de los trotes», y se quedan «anclados» en la tertulia, en el café, en la partida...

Muy al contrario, éste no ha dejado día festivo sin hacer una vuelta. Así llueva o luzca el sol; lo mismo bajo el immaculado sudario de la nieve como soportando el cálido aliento estival. Su presencia es obligada en las tempranas horas de las mañanas festivas. Bien solo o con amigos, con su chuchó o sin él; infaliblemente sale en alguna dirección.

Pocos serán los pueblos, montes, caseríos, fuentes y ermitas de Vizcaya y Guipúzcoa que no hayan advertido su menuda y callada presencia.

A pesar de existir en la localidad el «G. A. Artibay» no ingresó en el mismo hasta el año 1958. El había andado en el monte desde niño, y con

mayor afición cada vez, sin enterarse ni preocuparse de concursos, montes puntuables, Federación y demás zarandajas...

No obstante, contagiado y animado por los jóvenes, ese año hizo el Concurso de 15 montes. En el pasado —1959— finalizó dos concursos: el de 15 montes y el de 15.000 metros. ¡¡E inició el Centenario. Puntuando veinte montes, máximo número permitido. Es que, amigos, ¡el tiempo apremia!

Con José Rey (otro «Hillary») de compañero, el 19-7-58 hicieron una de las travesías más fuertes de una jornada, que haya cubierto en su vida de trotamundos. Tiempo empleado: 14 horas. Quien conozca la zona apreciará por el croquis la magnitud del «paseito».

El año anterior había hecho el mismo recorrido, esta vez en compañía de Félix Celaya, a excepción del último tramo, Kalamua-Marquina, que lo cubrieron bajando por Echevarría en lugar de pasar por Akarregui.

En las vacaciones del año pasado, ¡con 68 a la espalda!, hizo la siguiente «excursioncilla»:

Primer día: Elgóibar-Karakate-Elosua-Aspurutxu. 2.º día: Aspurutxu-Irimo-Villarreal-Beasain-Ataun (Casetas). Día 3.º: Desde el último punto-Lizarrusti-Irumugarrieta-San Miguel-Huarte Araquil. Día 4.º: Huarte-Araquil-San Donato (Berriain)-Unanue-Abargain-hotel de Urbasa. Día 5.º: Desde Urbasa pasando por San Fausto a Estella (los últimos kilómetros en un camión).

Una de sus andanzas de las que conserva más vivo recuerdo (por los apuros pasados) es la siguiente:

El 8-6-59, en compañía de cinco jóvenes marquinaes (Esteban Alberdi, Javier García, José M.ª y Fernando Paguegui), bajaron directamente desde la cima del majestuoso Amboto al pueblo de Arrázola. En el azaroso descenso, muy peligroso para, como ellos, hacerlo sin más recursos que los naturales (de esto se harán cargo los muchos montañeros que lo conocen), se diseminaron y hubieron de pasar sus ratos de angustia al llamarse mutuamente y no obtener respuesta. Por fin, ante el asombro de cuantos les vieron, lograron alcanzar terreno seguro, con gran alborozo al comprobar que todos se encontraban ilesos.

Tal es, a grandes rasgos, la semblanza de este montañero, conocido también por lo atinado de sus juicios y filosóficas razones, dispuesto siempre a dar su consejo e informaciones. Enamorado del bello y sano deporte, que a su edad continúa asombrando y dando ejemplo a la juventud.